

Entre las flores te fuiste
Entre las flores me quedo
Miguel Hernández, *El Sol, la rosa y el niño*.

Mi panteón celeste

Aquella mañana, la siguiente a la aparición del cometa West, se descubrió el secreto que Eliceo Celeste había ocultado durante años.

Sus vecinos, al fin, supieron por qué el anciano coronel de aviación, de setenta y ocho años de edad, viudo, y vecino de Madrid, dedicaba cada tarde a pintar el poniente en la pared de su desván.

Durante una de nuestras muchas conversaciones, cuando lo visitaba por las tardes y le hacía compañía hasta que el sol se hundía más allá de la pista de aterrizaje que se veía tras su ventana, pude comprobar que el viejo no se conformaba con hacer el ocaso visible en su mural; lo interpretaba en su preciso momento, atardecer tras atardecer, como un actor atrapado en el bucle de una obra de éxito en la Gran Vía madrileña. Eliceo Quería eternizarlo, aferrar el último resplandor antes de que la noche lo devorara todo: la llamarada final sobre los tejados, la ceniza violeta de las sombras extendiéndose, el oro disuelto en una guirnalda de nubes apagado por la herrumbre del día.

Pero la noche no se conformaba con vencerle a diario; su oscuridad se filtraba en su pintura a través de la ventana, se colaba en sus pulmones, en sus huesos, hasta que no quedaba más que dos resplandores: uno apagado en la pared y otro en sus propios ojos, justo en ese instante en que el mundo entero parece inclinarse y caer hacia donde muere la luz; hacia el Oeste.

Pero, ¿para morir?

A pesar de todo, Eliceo sabía que no.

En aquel mural vespertino que pintaba a diario, las polillas no eran insectos molestos, sino águilas suspendidas en un vuelo infinito; las manchas de humedad en el techo se expandían como nebulosas errantes; y

una grieta, delgada como una línea de horizonte, surcaba desde el rincón más oscuro del trastero, atravesando la tapia, con la ligereza de un cometa, dejando tras de sí una estela de polvo en suspensión, como el West.

Todo en aquel espacio parecía estar en tránsito, en una transformación incesante que solo sus ojos de aviador sabían interpretar. Para mis ojos de enfermera todo permanecía inmóvil, salvo lo que había más allá de la ventana: un aeródromo que, bajo el crepúsculo, sembraba su pista de titilantes luces rojas y amarillas.

Sobre una mesita de vidrio marcada por el roce de llaves y monedas, tenía una maqueta del Plus Ultra, esta parecía esperar su gran momento, su particular raid. Un paño de hilo blanco, manchado de óleos y disolvente, se arrebujaba contra la silueta del aeroplano y lo cubría como se cubren los ingenios antes de su presentación, o los cadáveres antes de ser levantados por el juez de guardia. Pero la aeronave no era un objeto inerte—los aviones rara vez lo son—, y menos este; parecía tener muy presente cuál sería su misión. Solo esperaba el momento en que alguien retirara su velo para lanzarse como una paloma a los cielos.

El desván olía a aguarrás, cera consumida, betún viejo. Aquella atmósfera me mareaba, pero Eliceo la inspiraba profundo. Fingía que eran los vapores del queroseno lo que llenaba sus pulmones. Pensaba en la combustión de un futuro despegue, en el rugido de un motor que jamás se encendería. Para él, ese aroma era real. Pero «real» es una palabra hueca cuando uno ha vivido dos décadas entre el cementerio y la buhardilla donde pintaba cielos poco probables, unos minutos al día, día tras día, hasta la próxima ocasión de ocaso.

A diario, después del duermevela, tras una frugal comida, el viejo piloto subía cansado las escaleras del desván y se sentaba, mano sobre mano manchada de pintura, aguardando con el mismo gesto de espera el momento oportuno. Lo hacía con el rigor de quien ha aprendido a no precipitarse. Desde una silla de ruedas infantil y a través de la ventana observaba cada detalle, no solo pasaba la vista por el paisaje: lo escrutaba. Se detenía en un detalle —la copa de un árbol, una farola, un reflejo deformado— y lo elegía como quien distingue un fósil entre millones de guijarros. Ese detalle era su ancla para ese día. Lo había escogido durante

horas, quizás desde que regresase del camposanto esa misma mañana, incluso era posible que lo hubiese visitado *in situ* para verlo de cerca. Y cuando el sol rozaba el horizonte con la timidez de quien se despide sin querer marcharse, entonces Eliceo se levantaba, todo lo enérgico que un anciano puede serlo, a pintar.

Tenía dos minutos y siete segundos.

Exactos.

Cada tarde los contaba.

Y en ese lapso diminuto, en ese exiguo milagro que el día le concedía, pintaba como quien exhala el alma.

A veces, para comprobar que lo que retrataba era correcto, se asomaba por la ventana central de la pared. En el exterior, estaban las texturas, los brillos, los matices imposibles de un cielo distinto cada día, pero que siempre le hablaba en la misma lengua: la del adiós.

Los aviadores desde siempre, se han servido de instrumentos para el vuelo, siguiendo esa costumbre, y en este caso para pintar, Eliceo mandó fabricar un reloj de arena con precisión quirúrgica: dos minutos y siete segundos. Exactamente lo que duraba el temblor último de luz sobre la línea del horizonte antes de que el sol desapareciese.

Ese tiempo era suyo.

Solo suyo.

Ni un segundo más.

Ni uno menos.

Lo que a mi fascinaba del objeto era su forma, compuesta por dos bombillas unidas y la cadencia con la que la arena caía. A Eliceo le gustaba la sugerencia de la contradicción que contenía: el vidrio, que parecía tan sólido, en realidad era un líquido detenido; la arena, tan rotunda, se comportaba como el agua. Todo lo que tenía que ser estable, en verdad, estaba en constante movimiento, en este caso durante dos minutos y siete segundos.

En el momento inicial del ocaso lo volteaba con una solemnidad quieta, casi litúrgica, y se lanzaba a pintar pincel en mano, siguiendo por el rabillo del ojo cómo el montículo nacía del vacío. La arena no caía al azar: se organizaba sola, subiendo desde abajo como una promesa frágil. Crecía,

lenta, hasta que alcanzaba un ángulo que no podía sostener. Entonces, cedía. Solo un poco.

Un alud diminuto.

Una rendición sin drama.

Aquello tenía un nombre: criticalidad autoorganizada.

Lo leyó una vez, y desde entonces no pudo dejar de verlo en su vida. Porque también él se había ido llenando. No de arena, sino de deberes, ausencias, órdenes, silencios. Hasta que, sin avisar, la pendiente vencía, y entonces él se venía abajo.

No con estruendo.

Él lo hacía con decoro.

Como cede la arena.

Solo lo necesario para seguir siendo.

Aquel reloj no solo medía el ocaso. Lo reflejaba. Le hablaba de sí mismo. De cómo su vida había sido un juego de equilibrios fingidos, de firmezas que se deshacían cuando más se necesitaban, de flaquezas que se volvían rocas sin quererlo. Era su espejo más sincero. Un recordatorio diario de que, a veces, ceder es lo único que te salva.

Yo sé –aquello lo comentaba a menudo- que su madre eligió el nombre de Eliseo y con él tuvo intención de bautizarlo, pero el ceceo de su padre y la desgana del registrador hicieron lo suyo. Así quedó escrito: Eliceo, con esa «c» que nunca debió estar ahí y que, sin embargo, se quedó para siempre, adherida al papel de oficio y a su vida como una muesca en la madera de las aspas. Cuando aprendió a leer su propio nombre, vio en él algo más que un error. No era solo una falta, era una pista:

Eliceo; Hélice.

Y en esa coincidencia torcida por el habla y la burocracia, encontró su sino. Desde entonces, todo lo que giraba, todo lo que cortaba el aire en espirales, le llamaba con la familiaridad de un pariente cercano.

Su obsesión y destreza lo llevaron a la aeronáutica, donde su anhelo encontró refugio y, al fin, un propósito con nombre y forma.

Comprendió que las grandes gestas no eran epopeyas reservadas a unos pocos mortales, sino hazañas tangibles, alcanzables con mano firme y voluntad templada.

Aprendió lo esencial: que el vuelo no es un privilegio ni un don, sino una conquista; que la altitud no se alcanza con la mirada; que la gloria no pertenecen a los elegidos, sino a los que aceptan renunciar al suelo.

Que para ganar, primero hay que perder.

Así fue como se convirtió en lo que no sabía que estaba destinado a ser.

Entonces conoció a Clara.

Según sus cartas de enamorados, Clara tenía un cuerpo estilizado y robusto, el porte de quien ha nacido para atravesar distancias imposibles y soportar lo indecible.

Sus vestidos estaban surcados por filigranas de remaches y llevaban la pátina de la experiencia: cicatrices de viento y salitre, memorias de tormentas esquivadas y océanos vencidos.

Su piel reflejaba el sol con la insolencia del metal bruñido.

Su silueta evocaba un fuselaje sin curvas caprichosas ni adornos superfluos.

Clara era puro propósito, pura voluntad.

Clara era todo lo que un aviador podía desear.

Clara era lo que todo aviador, tarde o temprano, debía perder.

El casorio fue un despliegue de uniformes impecables, planchados con pulso de cirujano, y arcos de sable alzados en la escalera de «Los Jerónimos». El banquete fue más modesto, pero no faltaron vinos generosos que desataron vivas, brindis encendidos y promesas formuladas con más convicción que certeza.

Valses ensayados de miradas cómplices sirvieron de indicio a lo que pasaría horas después en el futuro hogar familiar.

La noche de bodas los condujo al adosado matrimonial. Demasiado próximo a las vías del tren, pero lo suficientemente cerca del aeródromo donde él trabajaba. El primer convoy nocturno irrumpió justo cuando Eliceo le desabrochaba el vestido a Clara, y el estruendo de los vagones se mezcló con el crujido de los muelles, como si el mundo entero se meciera con ellos.

No era un lecho nupcial de sábanas de seda, pero tenía su propio ritmo, su propia cadencia: un jadeo de acero, un vaivén de raíles y piel.

Para Eliceo todo encajaba con la precisión de un motor bien calibrado: tenía un destino a la altura de sus aspiraciones, retos diseñados para engrandecerlo, respeto sin fisuras y una promoción asegurada. Incluso las amistades de Eliceo eran las adecuadas.

Clara quedó embarazada; la vida seguía el plan de vuelo trazado, con la fecundidad como prueba incuestionable de que todo avanzaba en la dirección correcta.

Pero los cielos demasiado despejados esconden su propia amenaza. Basta una sola corriente traicionera para que el fuselaje tiemble. Y cuando eso ocurre, hay que empezar a hacer ajustes: El niño nació con un problema; uno que no se curaba con jarabes ni se desvanecía con friegas.

El impacto fue inmediato, pero no estruendoso. No hubo alarmas ni luces rojas, solo una vibración sorda en la estructura, como un remache suelto en un ala que nadie nota, pero que afecta a todo el conjunto.

Las amistades fueron despegando una a una, con la discreción de los vuelos que cambian de rumbo sin previo aviso.

En el hogar, la fractura fue más discreta, pero más profunda. Clara volcó su existencia en el niño con la determinación de quien sabe que solo hay dos opciones: sostener o dejar caer. Su amor no tenía fisuras, pero su cuerpo sí. Se agotó en noches en vela, en consultas donde cada diagnóstico venía envuelto en términos que no admitían respuestas sencillas.

Eliceo, acostumbrado a trayectorias limpias y maniobras precisas, se encontró flotando en un aire sin brújula, donde el esfuerzo no garantizaba el resultado.

Eliceo tuvo que cambiar sus prioridades, y eso se reflejó en su rendimiento: aunque el apoyo en el trabajo fue evidente, la certeza de su ascenso —antes inamovible— comenzó a parecer un vuelo en patrón de espera, girando en círculos sin permiso para aterrizar.

Y bajo todo, latiendo como un código morse que nadie se atrevía a descifrar, la pregunta que ninguno formulaba en voz alta: ¿qué lugar tenía en el mundo perfecto de Clara y Eliceo aquel niño?

Eliceo no tuvo una respuesta inmediata. Su instinto fue hacer lo de siempre: seguir el plan, mantener el rumbo, no perder altitud. Se aferró a la disciplina, a la rutina, a los procedimientos que siempre le habían funcionado. Pero esta vez, ninguna de sus reglas aplicaba. No había un protocolo para esto.

Testimonios de sus colegas decían que al principio, intentó abordarlo como una avería más. Algo que podía inspeccionar, diagnosticar, reparar. Pero pronto entendió que su hijo no era un fallo en el sistema, ni una pieza defectuosa que pudiera sustituirse. No era algo que se arreglaba.

Su hijo era el niño que era.

Y cuando esa certeza lo alcanzó, se quedó sin oxígeno a mucha altitud.

Sintió miedo. Un miedo profundo y sin nombre, a lo desconocido, a lo incontrolable, a la certeza de que su hijo jamás encajaría en el mundo que él había construido con tanto esmero desde que descubriese que su nombre estaba mal escrito.

Sintió rabia. No contra el niño, ni contra Clara, sino contra la trayectoria invisible que se había alterado sin previo aviso.

Sintió culpa; porque había soñado con otro hijo. Porque en lo más hondo de su ser, durante un solo segundo —pero un segundo al fin y al cabo—, deseó que todo fuese un error, que Miguel no hubiese nacido. Esa culpa le acompañó toda su vida, hasta este amanecer en el que el West cruzó el cielo.

Con los días, la pregunta dejó de ser qué lugar tenía su hijo en su mundo perfecto para convertirse en qué quedaba de ese mundo perfecto ahora. Y en algún punto entre ambas, Eliceo entendió que no se trataba de encontrar un hueco para su hijo en su vida.

No fue un aprendizaje repentino.

No hubo epifanías.

Ningún amanecer milagroso en el que todo encajase de golpe.

Solo días de incertidumbre, noches de insomnio, silencios cargados y renunciaciones que no se anunciaban con palabras. Pero sin darse cuenta, dejó de aferrarse al mapa y comenzó a navegar con el instinto.

No halló un espacio para su hijo en el mundo que había imaginado. Así que tuvo que construir otro, desde los cimientos, con Miguel en el centro.

Después de esta primera bomba, calló la segunda de cuatro: El vuelo del Plus Ultra; Eliceo había pasado años preparándose para ese momento. Su nombre sonaba entre los candidatos, de hecho la prensa de la época se hizo eco. Aquello era un honor reservado para pocos, la prueba definitiva de que la disciplina, el sacrificio y la entrega daban sus frutos. Ser tripulante del Plus Ultra no era solo un logro; era la culminación de todo, el vuelo que justificaría cada madrugada de estudio, cada hora de entrenamiento, cada privación.

Pero algo había cambiado. Su mente ya no era un cielo tan despejado. La concentración flaqueaba, la entrega, antes inquebrantable, se había vuelto errática, como un compás que titubea en plena navegación. Llegaron las noches sin dormir, los pensamientos que lo arrancaban del trabajo sin previo aviso, la sensación de estar en dos mundos sin pertenecer del todo a ninguno.

No hizo falta que nadie se lo dijera. Su rendimiento había dejado de ser impecable.

Pero recibió la convocatoria.

Fue elegido entre muchos que en ese momento estaban muy capacitados. Pero El Plus Ultra alzó el vuelo sin él.

Renunció.

Desde tierra, vio partir el sueño por el que se había preparado toda una vida.

Al principio, fue insoportable. La gloria se le había escurrido entre los dedos, la vergüenza ante los demás y, sobre todo, ante sí mismo. Porque el joven que una vez fue, lo habría despreciado sin dudarlo.

Pero el tiempo, testarudo como es, le reveló otra verdad. Si había elegido quedar fuera de la hazaña, no era porque hubiera fallado.

Era porque ya no era el mismo.

Porque algo en su vida pesaba más que la gloria.

Porque había sido desviado de un rumbo que creía inamovible.

El día en que el Plus Ultra aterrizó en Buenos Aires, entre vítores y homenajes, Eliceo no estaba en los festejos ni en los brindis.

Estaba en casa, sujetando la mano de su hijo mientras dormía.

Y entendió.

No había perdido su destino.

Había encontrado otro.

Durante los años que siguieron, contra todo pronóstico, la vida se volvió amable para Eliceo —así se escribió el diario de Clara—.

La enfermedad de Miguel, aunque seguía presente como una nube que nunca desaparece del todo, había aprendido a no llover. Se mantenía suspendida, silenciosa, y permitió algo que Eliceo ya no creía posible: la alegría. Una alegría serena, sin alardes, que se instalaba como una corriente cálida en el pecho.

Cada noche, al volver del trabajo, colgaba la chaqueta de aviador en la percha de su hijo y, como parte de un ritual secreto, se sentaba a los pies de su cama para contarle historias. No eran cuentos al uso, ni narraciones de dragones o castillos, sino crónicas verdaderas —aunque adornadas— de los grandes aviadores españoles. Le hablaba de Emilio Herrera, que diseñó una escafandra estratonáutica para poder subir todavía más alto. De Mariano Barberán, que cruzó el Atlántico y desapareció en su vuelo hacia Méjico. De Benito Loygorri, que domaba un Farman como un bailarín del aire. Historias que no estaban en los libros infantiles, pero que Eliceo conocía a la perfección, porque formaban parte de su mundo cotidiano.

Miguel lo escuchaba con los ojos abiertos como hangares.

A veces, Eliceo le mostraba esquemas, mapas con trayectorias y altitudes, y el niño le pedía que repitiera los nombres de los aviones hasta lograr pronunciarlos con reverencia, como si fueran una letanía.

Durante esos meses construyeron juntos una pequeña réplica del Plus Ultra, hecha con cartón, madera y paciencia. Miguel, desde su silla de ruedas, colocaba cada tornillo imaginario, cada remache invisible. Padre e hijo se comunicaban con gestos mínimos, como los pilotos en la cabina.

Las metáforas de vuelo comenzaron a filtrarse en su manera de hablar. «Miguel, hoy estás a buena altitud», le decía si lo veía animado. «Vigila tus instrumentos» si notaba un descenso en su ánimo. «Hemos atravesado la tormenta» cuando un parte médico traía buenas noticias. Y Miguel, sin saberlo del todo, empezó a entender la vida como una travesía aérea, llena de vientos cruzados, de ajustes, de cielos claros por venir.

Y entonces Eliceo supo que había alcanzado su verdadera altitud de crucero.

En el transcurso de esos años, no hubo ascensos, ni travesías, ni medallas. Pero sí vuelos, sin aviones. Vuelos de un padre y un hijo, que aprendieron a navegar juntos por un cielo que al principio parecía cerrado.

Y fueron los más felices de su vida.

Una tarde de septiembre, mientras planeaban una visita a Cuatro Vientos, Miguel tosió tres veces y se desmayó.

Sin estruendo.

Como un motor que se apaga a media altitud y deja al aire colarse por las rendijas. Eliceo se lanzó a su lado, lo sostuvo como quien intenta mantener en vuelo a una cometa sin brisa, y lo llevó a la casa de socorro sin soltarle la mano.

Lo ingresaron de inmediato.

Complicación respiratoria, dijeron. Después, una cadena de tecnicismos: colapso, insuficiencia, fallo multisistémico. Como si alguien estuviera leyendo el informe de una caja negra.

En cuarenta y ocho horas, Miguel desapareció del radar.

Los planes quedaron esparcidos como restos sobre un campo de impacto: la maqueta a medio terminar, la visita al aeródromo aplazada, el cuento por escribir sobre un piloto que nunca aterrizaba porque tenía un combustible mágico. Nada tuvo despedida. Miguel no se apagó poco a poco: se cortó en pleno vuelo.

Una entrada en barrena.

El hospital fue una torre de control muda, incapaz de guiar ningún regreso.

Clara ya no habló. Se sentó en silencio, con la manta del niño apretada contra el pecho como si aún pudiera abrigarlo con ella. Sus dedos recorrían el tejido con la devoción de quien reza un rosario o de quien repasa una carta ya leída mil veces, temiendo olvidar una palabra. A veces la olía, como si buscara en el olor la prueba de que todo aquello había sido real, de que su hijo no era solo una fotografía en la mesita. Y en ese gesto, tan quieto y frágil, se resumía su presente: la voluntad de no soltar a quien ya no estaba.

Eliceo no lloró al principio. Se quedó inmóvil. Porque los pilotos, ante una caída, primero maniobran. Luego evalúan daños. Solo después, ya en tierra se permiten llorar.

Esa noche, en soledad, se le empaparon los ojos y todos los instrumentos.

Hubo silencio. Y una cajita pequeña y blanca.

Las amistades que mantuvieron me dijeron que Clara nunca superó la pérdida de Miguel. Su cuerpo siguió, sí, pero algo en ella se quedó en tierra aquel día. Caminaba como quien ha sobrevivido a un siniestro aéreo o con esa calma impostada de quien ha regresado del cielo sin querer hacerlo.

Eliceo tampoco lo superó. Pero aprendió a volcar su paternidad en otra dirección. Ya maduro, fue el mejor formador de pilotos que pudo soñarse — conocí a varios de sus alumnos en su entierro—. Su aula, era un santuario; cada instrucción, un legado; cada corrección, una caricia encubierta. Hablaba a los jóvenes con la ternura de quien, alguna vez, abrochó el cinturón a un niño en silla de ruedas antes de emprender juntos un viaje que solo existía en el cielo de su imaginación.

Los llamaba «mis tripulantes» y ellos lo buscaban como se busca al comandante veterano que lee el cielo con solo alzar la vista. No les enseñaba solo maniobras: les hablaba del temple, de la espera, de cómo escuchar el silencio en cabina. Les repetía que volar no es solo vencer la gravedad, sino también saber caer. Y estar listo. Siempre listo.

Era, sin saberlo, un padre para todos. El primero en llegar, el último en marcharse. Celebraba cada logro como si fuera una primera palabra. Consolaba cada fallo como quien sostiene los pasos torpes de un niño que aún no ha aprendido a andar. Y cuando alguno temblaba antes del examen

final, le posaba la mano en el hombro y decía, sin levantar la voz: «Recuerda quién eres. Mira el horizonte. Ahí es donde empieza todo».

Pasaron los años.

La cabellera de Clara se fue poblando de nubes blancas.

Un día, empezó a enfermar. No hubo radares que advirtieran la tormenta.

Durante un paseo de camino al cementerio, Clara, con una sonrisa que encendía el gris de los panteones recordó a Eliceo unas palabras que casi robó el olvido, las dijo Miguel siendo pequeño —Miguel siempre fue pequeño—: «Cuando suba al cielo en mi cometa sideral, veré todo lo que papi no pudo ver por cuidarme. Y cuando él suba también, se lo enseñaré todo».

Eliceo me contó que supo enseguida que esas eran palabras de los últimos días, de esos que ya no se cuentan en horas, sino en latidos, en pausas largas entre frase y frase. Clara las había guardado como se guarda un pañuelo con olor a infancia, y ahora las desplegaba con la dulzura intacta de una madre que aún creía en los regresos.

Eliceo las escuchó en la voz temblorosa de su esposa y comprendió que un nuevo tramo de vuelo se avecinaba. Uno sin mapas, sin balizas, sin plan de ruta. Un trayecto que no se mide en millas ni en altitud, sino en memorias que sobrevuelan la vida como aves pacientes, esperando su momento de posarse —sin estrépito— en el alma de quien permanece entre los muros de una casa que ya empezaba a vaciarse demasiado.

Lo entendió sin necesidad de palabras: Clara también se preparaba para partir. Lo supo, con la lucidez de los que ya han perdido más de una vez, que su copiloto de vida estaba a punto de dejarlo solo en la cabina.

Y esa fue la cuarta bomba.

La más previsible, pero la más certera.

Tras la muerte de Clara, Eliceo a sus cincuenta y ocho años, quedó atrapado por una niebla demasiado espesa, sin horizonte ni rumbo.

No se relacionaba con nadie. Se deslizaba por la casa como un piloto fuera de servicio, con la mirada fija en coordenadas invisibles, como si aguardara órdenes de un mando que ya no existía.

Una mañana —ni particularmente clara ni decididamente gris—, subió al desván.

No fue un acto deliberado. Fue el movimiento automático de quien ha comprendido que quedarse quieto es, también, una forma de morir.

La puerta crujió, como si tampoco ella recordara la última vez que se abrió. Y allí, entre paredes encaladas, Eliceo se sentó en la silla de Miguel.

No buscaba consuelo.

Buscaba un resto de sí mismo entre tantos recuerdos.

La buhardilla lo recibió con un silencio intacto. Abrió los postigos y dejó que el sol barriera las sombras.

Revisó los rincones, levantando recuerdos con manos temblorosas.

Al fondo del trastero, apiladas como equipaje sin destino, encontró unas cajas etiquetadas con una letra casi ilegible: Miguel.

Al abrir la primera caja, el mundo retrocedió de golpe.

Allí estaba: la maqueta del Plus Ultra, aún detenida en su sueño de vuelo.

Las hélices de cartón, los remaches improvisados con chinchetas, las alas a medio ensamblar.

A su lado, un cuaderno de tapas blandas. Viejo. Con las esquinas combadas por el uso y salpicaduras de témpera como heridas de color.

Al abrirlo, lo asaltó un olor tibio: papel envejecido y colonia, ese perfume leve que parecía venir de otro cuerpo, de otro tiempo.

Las páginas se desplegaron como alas: dibujos de aviones imposibles, con demasiadas hélices y demasiadas alas y ventanillas en forma de estrella. Naves de tres cuerpos, globos que desafiaban las leyes físicas.

Y entre los garabatos, se colaban recuerdos disfrazados: el casco de Emilio Herrera con su gesto de astronauta pionero, un globo estratosférico flotando sobre una nube de carboncillo, un hidroavión cruzando un océano de tinta azul.

Todo estaba allí. No era solo un cuaderno. Era el diario de su hijo.

Y al pasar cada hoja, Eliceo sintió que Miguel seguía a bordo, dibujando rutas que ni el tiempo ni la muerte habían logrado borrar.

Entonces, una hoja suelta se deslizó del cuaderno y aterrizó en el suelo.

Eliceo se agachó a recogerla, con la precisión y el temblor de quien rescata una reliquia.

En ella, había un dibujo a lápiz: un hombre con uniforme de vuelo, casco de aviador, bigote risueño y Rokiski en el pecho. Y debajo, escrito con la torpeza esmerada de la infancia, una sola palabra: “Papá”.

Eliceo se dejó caer al suelo con la hoja entre las manos y, durante un instante, se quedó así, respirando hondo, como si con cada bocanada pudiera llenar los pulmones de ese cielo en miniatura que Miguel le había dejado, en profundos suspiros que lo llenaban de consuelo.

El papel temblaba entre sus dedos. Lo sostuvo mucho tiempo. No como un recuerdo, sino como quien se aferra a un mapa en mitad de una tormenta.

Afuera, el ocaso comenzaba a teñir los tejados. La luz se escurría por las rendijas del desván como el combustible por un depósito mal soldado.

Eliceo se levantó con la lentitud de quien, además de cargar los años, carga con todo lo que no se ha dicho.

Con sus dedos todavía temblorosos, sacó al Plus Ultra de la caja.

Lo observó largo rato, dejando que los contornos, poco a poco, volvieran a respirar.

El avión ya no era una maqueta. Según me dijo, en ese momento decidió que sería su hogar.

Colocó el aeroplano sobre una mesita de vidrio, frente a la ventana del oeste, justo donde el sol, puntual y sin apego, descendía como siempre: indiferente a los muertos, amable con los vivos. El ocaso entró en la habitación como un viejo conocido que no hace preguntas.

Eliceo alzó la vista. En la pared, como un mapa en blanco, se abría el cielo que debía devolverle a su hijo.

No un cielo cualquiera, sino el suyo propio: aquel donde aún era posible que una voz infantil lo llamara papá entre las nubes.

Revisó los frascos de óleo. Algunos eran ya costras de sí mismos, secos como lenguas muertas.

Otros aún ofrecían ese temblor aceitoso que la luz acaricia con placer.

Eligió uno rojo, otro ocre. Colores de despedida.

Se acercó a la pared y comenzó a pintar.

Durante veinte años pintó aquella pared como si fuera la última frontera entre la tierra y el cielo, un umbral al que solo él tenía acceso.

Las arañas tejían cúmulos y cirros entre las vigas del desván; nubes de hilo que, a contraluz del atardecer, se volvían celajes suspendidos en un firmamento doméstico donde se colaba el polvo, cómplice del silencio o neblina estelar, derramado por la vibración de los raíles cada vez que pasaba el tren, haciendo crujir las vigas de madera en un quejido de cormoranes bordeando acantilados.

Las bisagras chirriantes de la ventana; el lamento de las gaviotas que rasgan el cielo sobre puertos rendidos al sopor, y las sombras, alargadas y temblorosas sobre las paredes del desván, no eran otra cosa que estorninos en murmuración, trazando coreografías imposibles al compás de la luz que se colaba, tenue, por las rendijas del tejado.

La cortina, deshilachada y vencida por los años, se agitaba con la solemnidad lenta de una bandera de España mecida, una gasa de colores cálidos que daba aliento al piloto pintor que ignoraba a los insectos ocultos entre las rendijas, que no eran plaga, sino golondrinas discretas, demasiado jóvenes aún para romper el vuelo sobre aquel cielo de lienzos, cal y pigmento.

Pintó un firmamento imposible, donde los cielos no obedecían a la física, sino a la ternura. Como si cada trazo fuera una cuerda atada al viento, un ancla lanzada al recuerdo para que lo amado —y lo perdido— no se disolviera del todo.

Lo surcaban aviones que nunca existieron: algunos salidos de los cuadernos manchados de Miguel, otros nacidos en el hueco entre un cuento y una crónica.

Hidroaviones de cuádruple ala, planeadores con silueta de albatros, zepelines redondos como lunas llenas.

Todos avanzaban hacia el oeste, disciplinados y serenos, como si atendieran una orden muda: volar sin destino, avanzar errantes hacia un firmamento que los espera pero nunca alcanzan.

Una travesía sin llegada, un éxodo interminable, suspendido en la pared del desván.

Pintó también constelaciones inventadas, un cielo sin astronomía donde los astros eran sextantes, brújulas, hélices y alas: un zodiaco de aviadores. En los márgenes, trazó un mar visto desde lo alto, un abismo azul atravesado por estelas blancas, como cicatrices en la piel del océano. Allí, todo parecía comprenderse mejor, como si la verdad solo emergiera al ganar altitud.

Cuando no quedó rincón por tocar, cuando cada palmo de pared respiraba vuelo, arrugó sus viejas cartas de navegación. Las convirtió en nubes de papel y las dejó caer a sus pies. En ellas se subiría cuando ganase la altura necesaria.

El desván, que durante décadas había sido su refugio, se convirtió en algo más: no solo un taller, sino un mausoleo en las alturas; un panteón celeste. Su cielo privado, donde un aviador —el más fiel, el más roto— por fin había encontrado su rumbo, su ruta y su derrota.

Yo también creo que el cometa West no fue solo un fenómeno astronómico para Eliceo, fue una señal; una estela de fuego que atravesaba el cielo con la obstinación; confundible con el cometa sideral de Miguel.

En esa línea de luz, fugaz y exacta, debió reconocer el perfil de su hijo.

Y no quiso que pasara de largo.

Debía interceptarlo.

Por eso se enfundó el traje —más ritual que abrigo—, se ajustó las gafas rayadas, el casco que aún olía a cabina vieja y sudor de juventud.

Imagino que subió al desván con la solemnidad de quien acude a su última misión: se sentó cansado, como cada tarde, en la silla de ruedas, mirando al oeste. Pero esta vez no con el pincel en la mano, sino con esperanza.

La maqueta estaba allí. La descubrió. El Plus Ultra lo aguardaba, quieto sobre la mesa, como si supiera que ese era el día.

Y el tren... Ah, el tren.

Ese tren que durante años había rugido junto a su casa a la misma hora, marcando el final del día como un metrónomo de hierro. Estoy segura de que Eliceo lo esperó.

Que sincronizó su respiración con el traqueteo de los vagones.

Que, en el instante justo en que las paredes del desván vibraron con la fuerza de los raíles, fingió el empuje de los motores, el despegue invisible.

Y entonces despegó.

No con alas, sino con fe.

Y estoy segura de que sonrió.

No con la sonrisa amplia de las fotografías, sino con esa leve curvatura en la comisura de los labios que solo se dibuja cuando uno encuentra, por fin, lo que había perdido.

Y lo vio allí, a Miguel, con su casco de cartón y el rostro lleno de luz.

Sentado a su lado, firme. Como siempre lo soñaron.

Volaban entre nubes de papel siguiendo la ruta trazada años atrás en un cuaderno con olor a témpera.

Atravesaban constelaciones hechas de brújulas y hélices, cruzaban océanos de óleo y horizontes que nunca se apagaban.

No había turbulencias.

Solo viento a favor.

El Plus Ultra —su Plus Ultra— los llevaba más allá del tiempo y de la pena, lleno de combustible mágico.

Un último vuelo sin vuelta, pero con destino.

Su gran raid.

El verdadero.

Y abajo, en la tierra, el tren siguió su curso, ignorante de la despedida o del encuentro.

Y en el desván, quedó suspendido el eco de una silla de ruedas vacía de piloto, pero llena de cadáver, aún orientada hacia el oeste.

Aquella mañana, cuando entré en la casa a hacer la visita rutinaria, así me lo encontré en el desván: con una sonrisa en el rostro y un rayo de sol acariciándole la espalda.

La luz se colaba por la ventana del Este, la del amanecer, envolviendo a Eliceo con esa calidez del final de las cosas e iluminando la capilla sixtina aviadora a la que había dedicado veinte años.

No parecía muerto, sino a punto de hablar, como si hubiese hecho una pausa para contemplar su obra. Cubrí su rostro con un paño de hilo blanco, manchado de óleos y disolvente.

Y dentro de la cabina de la maqueta, cuidadosamente encajado, un dibujo infantil: Un piloto con la palabra papá escrita debajo. Junto a él, otro dibujo. Más torpe, hecho con manos envejecidas: un niño con una sonrisa que parecía conocer el cielo, y una sola palabra: Miguel.

Eliceo no se fue; despegó. Y lo hizo con los suyos a bordo.

Ese último ocaso ya no fue el fin de un día, fue el inicio de su gran ruta.

La maqueta estaba intacta. Perfecta.

Pero en las alas no ponía Plus Ultra.

Ponía Clara.

Capitán enfermera, María Reyes de Castro.